

dos. Pero con esas endeble bases no hay manera de comprobar la verosimilitud de la imagen propuesta por García Hamilton, un San Martín reconstruido en gran medida con un tipo de información que abunda en la bibliografía antisanmartiniana del siglo XIX, aquella que recogía las acusaciones de sus enemigos (como José Miguel Carrera), o la propia historiografía españolista. Quizás por ello están marcados con tanto vigor, como rasgos constitutivos de su personalidad, entre otros, su egocentrismo; sus desmedidas ambiciones personales (que lo habrían hecho aspirar al cargo de regente o emperador del Perú); sus débiles convicciones independentistas; su propensión al adulterio y el desamor con la que trató a su legítima esposa Remedios de Escalada; la desaprensión con la que se habría valido de la función y de los fondos públicos para su enriquecimiento personal, etc. En el texto, asimismo, muchas actitudes y circunstancias son presentadas sin siquiera un intento de explicación. Y las que se dan de otras son simplemente pueriles, como la apelación a la envidia que habría sentido San Martín por la apostura física de Lord Cochrane como una de las causas de la antipatía que le despertaba el marino escocés. Como contrapartida, no son planteadas algunas preguntas que se desprenden naturalmente de la misma lectura. Por ejemplo, ¿por qué razones, con-

diciones y circunstancias pudo llevar adelante San Martín —a desmedro de sus limitaciones personales— la ciclópea campaña de liberar Chile y Perú con medios relativamente modestos y una base de sustentación política siempre incierta? Si por las razones apuntadas el libro carece de relevancia desde la perspectiva de los historiadores, su escritura roza con los límites de lo cursi en muchas de sus páginas (particularmente las dedicadas a las relaciones carnales que el prócer habría mantenido en burdeles, en su noche de bodas con Remedios, o con otras mujeres con las que se vinculó circunstancialmente o de manera más o menos estable). Desde el punto de vista imaginativo, asimismo, la obra se torna reiterativa y no logra componer una trama que emocione, que sorprenda, que «atrape».

Para terminar, es oportuno preguntarse qué razones motivaron a José Ignacio García Hamilton a encarar esta —a nuestro juicio— poco feliz empresa. Ni historiador ni novelista, incursionó en el ensayo político con *Las raíces de nuestra cultura autoritaria (e improductiva)* y con sendas biografías noveladas sobre Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento³. Pero

³ *García Hamilton, José Ignacio, Las raíces de nuestra cultura autoritaria (e improductiva), Buenos Aires, Calbino y Asociados, 1991 (reeditado en 1998 por Sudamericana bajo el título El autoritarismo hispanoameri-*

es a la primera de esas obras a la que hay que remitirse para comprender cabalmente el sentido de *Don José...* El propio autor puso en claro recientemente que su objetivo es atacar una mitología nacional que desde comienzos del siglo XX se habría impuesto en la conciencia de los argentinos y que habría cristalizado –sobre la base de convertir a los «padres de la patria» en héroes militares de naturaleza sobrenatural– en un «espíritu xenófobo y a la vez sumiso [...] germen de aventuras belicistas y prolongadas dictaduras militares»⁴. Con independencia de lo acertada que pudiera ser esta tesis (y aunque sorprenda que se caracterice como xenófoba a la cultura de un país que canonizó, ya en vida, a Jorge Luis Borges), es necesario realizar algunas advertencias. La manipulación de la historia y la construcción de un panteón nacional no se inició hacia 1900, sino mucho antes. La transformación de Manuel Belgrano y José de San Martín en héroes «argentinos» (pese a que no hay constancia de la existencia de una «identidad argentina» en los años de la guerra de la independencia), fue una de las columnas sobre las que se erigió el

mito de una nación que ya se prefiguraba, como embrión, en la Colonia, y que comenzó a desplegar sus potencialidades a partir de 1810. La revisión de esa «política de la historia» y de la mitología que resultó de ella debería, en consecuencia, tener otro punto de partida. Por otra parte, es lícito operar sobre un imaginario histórico así constituido, siempre y cuando la necesaria deconstrucción se lleve a cabo con el instrumental que los historiadores de profesión y otros científicos sociales han ido desarrollando lentamente a través del tiempo. El recurso de la ficción, aunque sin duda muy «efectivo» en el corto plazo, no parece lo más apropiado para fundar una conciencia y una cultura argentina asentadas en la verdad histórica. Y, en el supuesto de que lo fuera, exigiría de los autores realizar las advertencias de rigor a los lectores sobre el sentido último de sus trabajos. José Ignacio García Hamilton tampoco hace esto en su biografía novelada de San Martín, género al que adscribió su trabajo, lo que autoriza por otra parte esta crítica desde una perspectiva historiográfica.

Daniel Campi

cano y la improductividad); Vida de un ausente. La novelesca biografía del talentoso seductor Juan Bautista Alberdi, *Buenos Aires, Sudamericana, 1993*; Cuyano alborotador. La vida de Domingo Faustino Sarmiento, *Buenos Aires, Sudamericana, 1997*.

⁴ García Hamilton, José Ignacio, «San Martín. Mito e historia», *La Gaceta Literaria, Tucumán, 1 de abril de 2001*.

Georg Trakl: la imperfecta expiación*

No es el vivir en un continuo desvivirse de Teresa de Ávila; el desasosiego personal de Georg Trakl se resume, en todo caso, en un *muero sin morir en mí*, dado que la única distracción del poeta alemán consiste en ensayar obsesivamente el distendimiento último de todos sus miembros, en repetir de forma maniática el rictus de la muerte que habrá de adueñarse de su rostro —nunca como ahora tan desconocido—, en inventariar, paso a paso, la debilidad que hace mella en el cielo, en hombres, vegetales, fieras, mundo acuático, mineral e intraterrestre, todos próximos en la vasta ontología de la desaparición. Esta poesía de la no-permanencia, de lo que habrá de serse cuando ya no se es, vigila el paso de la luz cuando tiende a su inminente disolución, persigue cualquier presencia cuando queda absorbida en el hueco de su propia ausencia, y apresa el movimiento cuando éste se disipa, definitivamente, en el tiempo inmóvil de lo intemporal. Las partículas

todas del paisaje —con las voces y las luces, los seres y las cosas que lo integran— dejan de ser sin perder nunca su carácter de canto, de flor, de nube o de ave, pero padecen el violento arrastre de una fuerza que los arroja hasta donde el Ser se refleja en el no-Ser, al principio o al fin de la nada, allí donde liberados del tiempo y el espacio se abren a otras dimensiones, múltiples e infinitas. ¿Y por qué este hambre de muerte? ¿Por qué el canto de Georg Trakl resurge, una y otra vez, con voluntad crepuscular y en tono menor, preludiando sin remisión tan penoso réquiem? ¿Cuál es el motivo de ese «muerto nacer» del poema, o que desde niño alguien le diagnosticara «tu alma tiende al sufrimiento, muchacho»? Su única y sencilla verdad es que ha descubierto la flaqueza, más o menos disimulada, de todo hombre: que éste, en su finitud, no soporta lo finito. Tal amarga medicina se resume —es cierto— en pocas palabras, pero ha sido asumida con total entereza y sometiendo a ella, tal como Nietzsche recomendó hacerlo. He ahí la tragedia; he ahí la razón por la que voluntariamente y con una fe desesperada su voz se lanza hacia cualquier infierno que halla a su paso; he ahí el extraño gozo de convocar esa finitud a través de una sorprendente facultad de aniquilamiento. Por eso su dios ha de ser abisal, el principio y el fin en el que se hunda el universo; por eso las cosas han de ser

* Obras completas, *Edición y traducción de José Luis Reina Plazón*, Trotta, Madrid, 2000.

desnudadas de sí mismas, han de horadarse hasta desentrañar de ellas lo que se esconde tras el velo de la apariencia, desplegándolas ahora en la libre potencialidad de su ser; y por eso, finalmente, la poesía ha de ser el ámbito de la transparencia y sus versos el lugar donde se abandonen los consuelos de la religión y los imponderables de la filosofía para que el hombre sienta, con indecible estupor, la quiebra, el tan cotidiano y siempre tan frío roce de la muerte.

Comienza a hacer frío,
ya tarde se ha hecho,
ya el otoño ha llegado
al jardín de la hermana,
callado y quieto;
su paso se ha vuelto blanco.
Un silbo de mirlo
perdido y postrero,
ya el otoño ha llegado
al jardín de la hermana,
callado y quieto;
un ángel ha llegado.

Cuando un hombre y un poeta se dan así la mano, en la delectación de lo que se acaba; cuando nunca se gozó, y las sombras esperaban tras los rincones de la infancia y ahogaron los deseos de la adolescencia; cuando el crecimiento natural quedó truncado hace tanto tiempo, y el hombre no es tal sino conato de ser, soledad infinita que se arrastra a pie juntillas tras la muerte; cuando la verdad de un hombre se limita a la

trascendencia de las horas, los días y la vida entera... entonces la poesía es grito, alucinación, delirio constante de quien intenta rebelarse contra una ley que no comprende y sabe, sin embargo, la inutilidad de su discordia. La poesía de Georg Trakl «es el canto de un mirlo prisionero» –según sus propias palabras–, a veces una confesión, otras un lamento, un intento de redención que no logra su fin o un doloroso examen de conciencia. Habitando el «eterno instante» de Jaspers, que asimismo es la mueca de la muerte de Valle-Inclán o el «momento presente» de Eckhart, convocando ese instante absoluto en el que al fin todo cobre sentido, Georg Trakl descubre con horror el alivio, la impasible serenidad que la desaparición trae consigo. La mancha de inquietud que es el hombre cesa y todos los seres, el mundo todo, siguen su curso como si nada hubiese ocurrido... «y todo lo invade el silencio del abandono». Acaso la voz del poeta alemán entona un canto de muerte que pertenece a toda la especie y a través de sus tonos oscuros los demás aprenderemos a afrontar la aridez, a encarar esta naturaleza superflua y provisional que es la naturaleza humana. Su poesía otorgaría entonces la anhelada supervivencia, porque todos –con él– habríamos vencido a la muerte, continuándose el ser en una serie infinita de individuos que con una